

Abre la Biblia

Historias *de Navidad*

El nacimiento de Jesús
en voz de sus protagonistas

por Colin S. Smith

Historias de Navidad

© 2025 Colin S. Smith y Abre la Biblia

Traducido por Yohanna Silva.

Editado por Rodrigo Gómez, Kevin Halloran y María del Carmen Atiaga.

Permisos: Tienes autorización y te animamos a reproducir y distribuir este material para uso personal o ministerial, mientras no alteres o cambies las palabras en ninguna forma y no exijas un pago (más allá del costo de reproducir estos materiales de manera impresa). Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por Internet sin permiso escrito de Abre la Biblia. Cualquier excepción a lo previamente establecido debe ser aprobada por Abre la Biblia.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

Para más recursos de Abre la Biblia, visita abrelabiblia.org.

Escucha sobre nuestros futuros recursos siguiéndonos en nuestro [boletín](#), [WhatsApp](#), [X](#), [Facebook](#), [Instagram](#) y [YouTube](#).

Bienvenido

Lee las historias de la Navidad desde la perspectiva de cinco personajes bíblicos diferentes, incluyendo al ángel Gabriel, María, José, Simeón ¡y hasta Herodes!

Estas narraciones en primera persona, al leerse juntas, te invitarán a ti y a tus seres queridos a sumergirse en la historia del nacimiento de nuestro Salvador.

La historia de Gabriel

—

De todos los ángeles del cielo, fui yo quien tuvo el privilegio de anunciar la venida de Jesucristo al mundo.

No puedo decirte con certeza cuántos ángeles existen, pero, cuando el apóstol Juan tuvo una visión de nosotros, afirmó haber visto más de cien millones de ángeles, y estos fueron solo una parte. Francamente, tengo cosas más importantes que hacer que intentar contarlos, aunque sospecho que hay, por lo menos, tantos ángeles como personas en el mundo.

Por lo general las personas que tienen cierta fascinación por los ángeles han perdido de vista lo esencial: nosotros estamos fascinados por Dios. Poder estar en Su presencia y ver cómo el amor divino fluye entre el Padre, el Hijo y el Espíritu, y de ellos hacia todos nosotros, es el más grande privilegio de mi vida.

Permíteme contarte un poco más sobre mí antes de comenzar mi historia. ¿Sabías que la Biblia menciona solo a dos ángeles por su nombre? Uno es Miguel, el arcángel, y el otro soy yo: Gabriel. Fui escogido como mensajero de Dios, no una, isino tres veces!

Primero fui enviado al profeta Daniel con el fin de ayudarlo a entender una visión que no lograba comprender. Cuando me presenté, él quedó devastado; se postró en el suelo, temblando, y tardó varios días en recuperarse.

En mi segunda misión fui enviado a visitar a Zacarías, un sacerdote que servía en el templo de Dios. Se me encargó anunciarle el nacimiento de Juan el Bautista, pero cuando me presenté, Zacarías también se llenó de temor. En seguida le expliqué lo que Dios planeaba hacer, pero no me creyó.

Bueno, no se puede tener a un líder espiritual que difunda la incredulidad, así que se le quitó el don del habla hasta que el niño nació. Cuando Zacarías recuperó la voz, la usó para alabar y adorar a Dios.

Evidentemente, mis visitas causaron terror; por eso, cuando fui comisionado a una nueva misión con una joven campesina, instintivamente exclamé:

—¿Estás seguro de que soy el ángel apropiado para esta tarea?

—Hay una joven a la que debes dar este mensaje —se me dijo—. Este es el anuncio más importante que jamás hayamos hecho. El futuro del mundo depende de esto.

Cuando escuché el mensaje, fui yo quien se quedó sin palabras. Apenas pude asimilarlo; la verdad es que todavía no puedo.

Enseguida anoté todos los detalles, pero no fui a Jerusalén, ni al templo, ni a la hija de Caifás, el sumo sacerdote, sino a una joven campesina de un pequeño y despreciado pueblo llamado Nazaret.

¿Por qué fue ella la elegida? No lo sé. Lo único que puedo decirte es que Él tiene el derecho a elegir.

UN ENCUENTRO CON MARÍA

La joven se llamaba María y era virgen. Estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José. Su matrimonio ya estaba planeado, pero no se había llevado a cabo todavía.

Me aparecí ante ella y le di mi saludo más cordial:

—¡Salve, muy favorecida! El Señor está contigo.

No sabría decir quién estaba más asustado, si ella, por lo que estaba sucediendo, o yo, por su posible reacción. ¿Y si gritaba y salía corriendo? Aunque fue evidente para mí que María era una mujer de fe, y parecía intuir que yo había sido enviado como mensajero del Señor.

Al ver cuán turbada estaba, le dije:

—No temas, María, has hallado el favor de Dios.

La palabra *favor* significa gracia. «Has hallado gracia delante de Dios», eso fue lo que le dije.

En seguida le di el mensaje:

—Tú concebirás y darás a luz un hijo —le dije— y le pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de Su padre David, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre; Su reino no tendrá fin.

Hice una pausa, esperando escuchar lo que diría... Parecía como si el tiempo se hubiera detenido, tal como en la eternidad. Entonces me dijo:

—¿Cómo será esto, puesto que soy virgen? —preguntó.

Al parecer, María no comprendía el mensaje. Pensó que me refería a que ella y su futuro esposo tendrían un hijo que llegaría a ser una de las grandes figuras de la historia de la humanidad.

Así que intenté explicárselo de nuevo. No fue fácil encontrar las palabras para expresar el más grande misterio que su mundo hubiese conocido jamás.

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti —le dije—, y el poder del Altísimo te cubrirá con Su sombra. Por eso el santo niño que nacerá será llamado Hijo de Dios.

Debo decir que la manera en que Dios tomó forma humana y nació en el mundo como un bebé indefenso iba más allá, incluso, de la comprensión de los mismos ángeles. Todo lo que puedo decirte es lo mismo que le dije a María:

—Ninguna cosa será imposible para Dios.

—Aquí tienes a la sierva del Señor —dijo—, hágase conmigo conforme a tu palabra.

JESÚS

Sucedió que, nueve meses después, Jesús nació. Esa noche, una multitud de colegas se manifestó en el cielo alabando a Dios y proclamando las buenas nuevas a toda la humanidad.

¡Nos maravillamos al contemplar Su vida! Él era todo lo que Dios quiso que fuera un ser humano. Su ministerio trajo más bien al mundo en tres años que cualquier otra cosa que hubiésemos visto en toda la historia de la humanidad. Por eso nos costó creer lo que ocurrió después: lo habían crucificado.

Nunca olvidaré este día. Observábamos con profundo horror cómo lo azotaban, lo ataban y finalmente, se lo llevaban. Esperábamos Su llamado para acudir en Su rescate, aunque jamás ocurrió.

Mientras lo clavaban en la cruz, le suplicamos al Padre:

—¡Por favor, déjanos ir a salvarlo!

Pero Él nos detuvo.

Los seres humanos han hecho cosas terribles, pero esta fue la peor de todas. ¡El juicio de Dios debía caer ese mismo día! Y así fue. Sin embargo, para nuestro completo asombro, ¡cayó sobre Jesús! Él

absorbió el juicio de Dios en Su propio cuerpo y en favor de ustedes. Él se entregó a Sí mismo como sacrificio por *sus* pecados. Cuando Jesús murió, el cielo enmudeció.

Solo tres días después logramos comprender la obra que Dios estaba haciendo. Nunca olvidaré esa gloriosa mañana. El cuerpo de Jesús, puesto en un sepulcro sellado, fue resucitado por el poder de Su propia vida. Su cuerpo había sido transformado y preparado para la eternidad.

Cuando las mujeres acudieron al sepulcro en busca del cuerpo de Jesús, otro ángel les fue enviado para decirles:

— ¡Ha resucitado!

Después de eso, Jesús se les apareció a Sus discípulos en numerosas ocasiones y luego ascendió al cielo.

¡Ya puedes imaginar nuestra alegría al tenerlo de vuelta!

Pero tu alegría debería ser mayor que la nuestra, porque Jesús no murió por los ángeles ni tomó la forma de un ángel cuando vino al mundo. Dios tomó forma de hombre, murió y resucitó por personas como tú.

Existe un hombre en el cielo y se llama Jesús. Él está allí por ti. Es el pionero, el primero de muchos hombres y mujeres que se regocijarán en la presencia de Dios eternamente.

Aquí arriba solo se habla de Su segunda venida. Yo estaré con Él en ese momento, junto a todos aquellos que le aman y confían en Él, y espero que tú estés allí también.

UNA CELEBRACIÓN EN EL CIELO

Hay cosas que yo sé y que permanecen ocultas para ti, y otras que tú sabes y que permanecen ocultas para mí.

¿Te habías dado cuenta del inmenso privilegio que tienes? Tus pecados fueron perdonados, fuiste reconciliado con Dios y ahora Su Espíritu vive en ti.

Jamás me he perdido, así que nunca experimentaré el gozo de ser encontrado. Nunca he pecado, de manera que no sé lo que significa ser perdonado. Me resulta fascinante la intimidad que puedes llegar a tener con Dios; puedes conocer y experimentar Su amor de maneras que yo nunca podré experimentar.

Pero hay otras cosas que yo sé y que permanecen ocultas para ti. Por ejemplo, no puedes llegar a comprender cómo es realmente el infierno y el cielo; no alcanzas a imaginar de qué te ha salvado Jesús, ni para qué te ha salvado.

Me asombra ver que tantos seres humanos piensen tan poco en su futuro eterno y vivan como si este mundo fugaz lo fuera todo, totalmente inconscientes de que la eternidad está ahí, un poco más allá de su campo de visión.

Lo que sí puedo contarte es que, cada vez que un pecador se arrepiente, hay una gran celebración en el cielo. Dios está a tu favor y desea que hoy regreses sin importar cuán lejos estés. Por esa razón, Jesucristo vino al mundo para buscar y salvar a los que están perdidos y para dar Su vida en rescate por muchos.

Cree en Él y no serás decepcionado. Síguelo y Él te conducirá a una alegría mayor que no experimentarás en ninguna otra parte.

La historia de María

—

El día que cambió mi vida para siempre empezó como cualquier otro. Yo estaba haciendo mis tareas cotidianas cuando repentinamente sentí que alguien estaba muy cerca de mí.

Levanté despacio la vista... ¡allí estaba! Dios me había enviado un ángel. Debo decir que quedé aterrorizada cuando lo vi. Mi corazón latía con fuerza, me temblaban las piernas y, si no me hubiera sentado en ese instante, me habría desmayado.

Hay algo en nosotros que siempre piensa lo peor cuando Dios se acerca. Nos sentimos más tranquilos cuando Él permanece a cierta distancia, pues tenemos miedo de estar en problemas si se acerca demasiado.

El ángel me dijo:

—No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.

La palabra *favor* significa *gracia*: es la bondad de Dios que no merecemos, pero que Él nos da gratuitamente. En ese momento supe que Dios me estaba mostrando Su gracia.

VIENDO EL PODER DE DIOS

Lo que el ángel me dijo después fue absolutamente asombroso:

—María, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de Su padre David; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y Su reino no tendrá fin.

¿Un niño? ¿Cómo podría ser posible? ¡Yo era virgen!

¿Un hijo mío en el trono de David? ¿Cómo podría ser esto? Vengo de una familia común y corriente. No éramos en nada como las personas que vivían en los palacios y tampoco solíamos relacionarnos con la realeza.

¿Un niño que reinará para siempre? Nada en este mundo dura para siempre, ¿cómo sería esto posible?

Aunque lo más desconcertante de todo fue cuando el ángel dijo que el niño sería «el Hijo del Altísimo». ¿Cómo podría un hijo mío ser el Hijo de Dios?

El ángel tenía la respuesta:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con Su sombra; por eso el Santo niño que nacerá será llamado Hijo de Dios.

Aún me asombra el misterio de la obra de Dios: hizo que una nueva vida se formara en mi vientre, ¡y era la vida de Su propio Hijo! Fue en mí y a través de mí que Dios se encarnó y vino al mundo como un bebé pequeño e indefenso.

Pero había algo más. El ángel me dijo que mi prima mayor, Elisabet, quien llevaba muchos años deseando tener un hijo, había concebido y estaba en el sexto mes de embarazo.

—Porque ninguna cosa será imposible para Dios —dijo el ángel.

No supe qué decir. Lo que se me prometía estaba más allá de mi comprensión; ni siquiera me atrevía a pensar en lo que esto exigiría de mí. Sin embargo, supe que el Espíritu de Dios estaría conmigo en ese momento y me daría todo lo que pudiera necesitar.

—Hágase conmigo conforme a tu palabra —dije. Y luego el ángel se fue.

ELIZABET Y JOSÉ

Decidí visitar a mi prima Elisabet y, al llegar a su casa, ambas rebosábamos de gozo.

Elisabet estaba de pie en la puerta, con las palmas de sus manos apoyadas suavemente sobre el bebé que llevaba; ella lucía radiante.

—¿Quién hubiera imaginado que, después de tantos años de anhelar un hijo, Dios te bendeciría con este maravilloso regalo? —le dije.

Elisabet me respondió:

—Apenas la voz de tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de gozo en mi vientre.

Eso significaba que los tres nos gozábamos y no dudaba que Dios se gozaba también con nosotros en el cielo.

Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Elisabet y me dijo en voz alta:

—Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.

¿Cómo supo Elisabet que yo estaba embarazada? Nunca le hablé del hijo que esperaba. La única explicación posible era que Dios se lo hubiese revelado.

Elisabet dijo unas palabras que nunca olvidaré:

—Bienaventurada la que creyó que tendrá cumplimiento lo que le fue dicho de parte del Señor.

Yo creía que la promesa de Dios se cumpliría, pero Elisabet vino a mi lado y fortaleció mi fe:

—María, la promesa se cumplirá. Lo que Dios ha dicho se cumplirá.

No podía contener el gozo que sentí. ¡El Hijo de Dios venía al mundo y yo llevaba Su vida dentro de mí! Todo mi ser se llenó de alabanzas que brotaban y se desbordaban en estas palabras que me fueron dadas:

«Mi alma glorifica al Señor,
y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador,

porque ha mirado la humildad de su sierva.

Porque he aquí, desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada,

porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí, y santo es Su nombre».

Durante el tiempo que estuve con Elisabet, no dejé de preguntarme qué pasaría con José. Ambos estábamos comprometidos y esperábamos con muchas ansias el día de nuestra boda.

José era un buen hombre y yo sabía que me amaba profundamente, aunque difícilmente podía esperar que él comprendiera lo que Dios estaba haciendo. Pensé que quizá anularía el compromiso y, si ese era el precio del llamado que Dios había puesto en mi vida, estaba dispuesta a pagarlo.

Así que puedes imaginar la alegría que sentí cuando José me dijo que un ángel le había hablado en un sueño:

—No temas recibir a María tu mujer —le dijo el ángel a José—, porque el niño que se ha engendrado en ella es del Espíritu Santo.

Con una mirada que nunca olvidaré, José añadió:

—Hay algo más... le pondré por nombre Jesús.

¡Lo que el ángel le había dicho a José era exactamente lo que me dijo a mí! Esta era otra confirmación de la promesa de Dios.

BELÉN Y LOS PASTORES

Poco antes de que el niño naciera, salió un decreto que ordenaba a todos registrarse en su ciudad de nacimiento. Esto significaba que tendríamos que viajar con José hasta Belén.

La ciudad era pequeña y contaba con una posada. Cuando llegamos, el lugar estaba lleno, de manera que tuvimos que buscar refugio junto a algunos animales y allí fue donde Jesús nació.

Estar los tres solos fue un poco extraño. ¡El mayor milagro que el mundo hubiera conocido yacía en mis brazos! Hasta donde yo creía, éramos los únicos que sabíamos lo que Dios estaba haciendo. Pero eso pronto cambió.

Antes de que la noche del nacimiento del niño terminara, escuché el ruido de unos hombres que se acercaban a nuestro refugio. Todos parecían estar muy atemorizados. Uno de ellos se adelantó y nos dijo que un ángel del Señor se les había aparecido.

Sonreí porque sabía exactamente lo que estaban sintiendo.

Entonces otro de los hombres se acercó y añadió:

—Pero el ángel nos dijo que no tuviéramos temor y agregó: «Les traigo buenas nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo; porque les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor».

¡Un Salvador! Era justo lo que el ángel le había dicho a José: «Le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados».

Dios había hablado a estos pastores, de manera que escuché atentamente lo que decían. Los pastores confirmaron, una vez más, que Jesús era el Mesías prometido de Dios, que Su nacimiento eran buenas nuevas para todo el pueblo y que Él sería el Señor de todos.

Todo lo que dijeron coincidía con lo que se nos había revelado a José y a mí, de modo que guardé todas estas cosas en mi memoria y las medité en mi corazón.

EL TEMPLO Y LA CRUZ

Algunas semanas después del nacimiento de Jesús fuimos al templo en Jerusalén para ofrecer sacrificio y presentar al niño ante el Señor.

Cuando estábamos allí, un anciano se acercó y nos pidió permiso para sostener a Jesús en sus brazos. Nos dijo que estuvo esperando

al Mesías prometido durante toda su vida y que Dios le había asegurado que lo vería antes de morir.

Y tomando a Jesús entre sus brazos, el anciano lo bendijo. Luego pronunció una bendición sobre José y sobre mí con unas palabras que claramente le fueron dadas por el Espíritu Santo. Dijo:

—Este niño ha sido puesto para ser señal de contradicción — después, mirándome directamente con tristeza y compasión en sus ojos, añadió—: Y una espada traspasará aun tu propia alma.

¿El niño sería causa de contradicción? ¿Y una espada traspasando mi alma?

Reflexioné varias veces en estas palabras que dolorosamente resultaron ser ciertas para Jesús y para mí. Él vino a los suyos, pero ellos no le recibieron.

Las conspiraciones contra Jesús iniciaron desde el comienzo de Su ministerio, hasta que finalmente lo colgaron de una cruz. Yo estuve allí y, cuando los clavos atravesaron Sus manos, sentí que una espada traspasaba mi alma, tal como el anciano lo dijo.

Pero la agonía que yo sentía no era nada en comparación con el dolor que Él soportaba. Jesús cargaba con nuestros pecados mientras sufría en la cruz. Él llevó todos los pecados sobre Sí mismo para que nosotros fuésemos perdonados, salvados y reconciliados con Dios.

Me invadió un profundo dolor cuando Jesús murió, pero gracias a Dios no todo terminó allí. Al tercer día Jesús resucitó de la tumba, ascendió y abrió las puertas del cielo para mí y para todos los que confían en Él.

La historia de José

Tuve un asiento en primera fila para el acontecimiento más grande que haya ocurrido en la historia del mundo. Yo estaba comprometido con María; lo que no sabía era que Dios la había elegido para dar a luz al Salvador del mundo.

Lo primero que debes saber acerca del hijo de María es que Su nacimiento no tuvo absolutamente nada que ver conmigo. Sabíamos que la unión entre un hombre y una mujer era sagrada y se reservaba únicamente para el matrimonio, de modo que yo me guardaba para María y ella para mí. Por eso quedé completamente devastado cuando María vino con esta noticia que sacudió nuestro mundo.

No puedo imaginar lo difícil que fue para ella contarme su historia. Mencionó algo acerca de un ángel. Lo único que recuerdo bien es que pronunció la palabra «embarazo». Yo estaba angustiado; mi sueño de casarme se había convertido en una pesadilla.

De ninguna manera podía seguir adelante con el matrimonio. Yo sabía que una mujer no podía tener un hijo sin un hombre, o al menos así lo veía yo en aquel momento. ¿Cómo podría unirme con alguien que había traicionado mi confianza? Todavía la amaba y no quería hacerle daño, pero seguir adelante con el matrimonio no era una opción para mí.

María me dijo que lo mejor para ella sería marcharse y quedarse con su prima Elizabet, quien vivía en Judea. Mi mundo se hizo

pedazos; en un momento estaba a punto de casarme con la mujer que amaba y, al siguiente, estaba sentado en mi carpintería completamente solo.

¿CÓMO ME HABLÓ DIOS?

Una noche tuve una experiencia totalmente distinta a todo lo que me había ocurrido antes. Un ángel del Señor se me apareció en un sueño y me dijo:

—José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque el niño que se ha concebido en ella es del Espíritu Santo. Y dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados.

Cuando desperté, vino de inmediato a mi mente un versículo de las Escrituras que aprendí en la sinagoga, en el que Isaías describía el nacimiento del Mesías prometido por Dios: «*Una virgen concebirá y dará a luz un hijo*». ¡Una virgen!

Pero había algo más. Isaías dijo que el niño nacido de una virgen se llamaría *Emmanuel*, que significa «Dios con nosotros».

En el pasado, Dios había prometido enviar un libertador al mundo; ¿acaso estaba Dios a punto de cumplir esa promesa antigua? Poco a poco empecé a creer.

Supe inmediatamente lo que tenía que hacer. Me dirigí al sur de Judea, impaciente por tomar en mis brazos a mi amada María para contarle lo que me había sucedido.

—Tengo algo que decirte —le dije—. Un ángel del Señor se me apareció en sueños.

María sonrió; no estaba tan sorprendida.

—¿Qué te dijo? —preguntó.

—Tres cosas —respondí—. Primero me dijo que no tuviera miedo, y después me dijo que el niño que estás concibiendo es del Espíritu Santo.

María no pudo contener su alegría.

—¡José, intenté decirte que un ángel se me había aparecido y me había anunciado exactamente lo mismo! Me dijo que tendría un hijo y que no debía tener miedo. Cuando le pregunté al ángel cómo iba a ser posible, ya que era virgen, me respondió que esta sería una obra del Espíritu Santo: *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra»*.

Ambos nos miramos atónitos por lo que se nos había revelado.

—Hay algo más —le dije a María, ansioso por terminar mi relato—. El ángel me dio el nombre del niño.

—¡Dímelo! —dijo María, llena de expectación y con los ojos muy abiertos.

—El ángel me dijo que el niño se llamaría...

Hice una pausa y, antes de que pudiera terminar, María exclamó:
—¡Jesús!

—¿Cómo lo supiste? —pregunté.

—El ángel me lo dijo también —respondió ella.

Los dos caímos abrazados. Estábamos sorprendidos por la bondad de Dios al habernos unido para darnos la misma asombrosa revelación: Dios estaba enviando Su Hijo al mundo y nuestras

pequeñas vidas habían quedado atrapadas en el torrente de Su propósito salvador.

Mientras más pensaba en esto, más asombroso me parecía. Así que, en una gozosa obediencia a lo que Dios me había dicho, llevé a María a casa como mi esposa, aunque no me uní a ella hasta después de que el niño nació.

NUESTRO VIAJE A BELÉN

Unos meses más tarde, un mensajero llegó a la ciudad con noticias de Roma sobre una nueva iniciativa del gobierno que ordenaba a toda la población regresar a su ciudad natal para inscribirse en un censo. ¿Puedes imaginártelo? Parecía como si el mundo entero se hubiese puesto en marcha. Los caminos eran un caos; las familias se movían llevando carretas y animales en todas las direcciones.

María ya estaba en la fecha del alumbramiento; sin embargo, cuando los romanos daban una orden, no hacían ninguna excepción. Así que ensillé el asno y partimos hacia el sur, rumbo a Belén, mi ciudad natal.

Más tarde comprendí que incluso esto formaba parte del plan de Dios. El profeta Miqueas anunció siglos atrás el nacimiento del Mesías en Belén y, tiempo después, Dios pondría en la mente de un emperador romano la orden que nos llevaría a esta ciudad, justo cuando Jesús estuviera a punto de nacer. ¡Es asombroso!

Cuando llegamos a Belén, la ciudad estaba abarrotada. No había lugar para nosotros en la posada, de modo que nos refugiamos con los animales. Recogí un poco de paja e hice una cama para María, y fue allí donde Jesús nació.

No puedo describirte el gozo que sentí en este momento. Fui el primero en tocar el regalo de Dios; mis manos lo trajeron al mundo. Fui el primero en sostenerlo en mis brazos.

LA VISITA DE LOS SABIOS DE ORIENTE

Después del nacimiento de Jesús encontré una casa en Belén donde comenzamos una vida normal. Una noche, nuestra silenciosa vida se vio interrumpida por la llegada de tres hombres que decían ser reyes y querían ver a Jesús.

Estos hombres eran reyes de Oriente, gentiles a quienes Dios guio durante un largo viaje por medio de una estrella que los condujo hasta Belén. Cuando vieron a Jesús, se postraron sobre sus rostros, lo adoraron y abrieron los regalos que habían traído para Él: incienso, mirra y oro.

Aún me río al recordar su visita. Estos reyes tenían tanto y nosotros tan poco. Dios reunió a los más ricos y los más pobres en torno a Jesús, y ahora estábamos todos unidos como uno solo adorándole.

DE VIAJE OTRA VEZ

Después de la partida de los reyes, un ángel del Señor me habló en otro sueño. «Levántate», me dijo. «Toma al niño y a Su madre y huye a Egipto, porque Herodes quiere buscar y matar al niño».

¿Destruirlo? ¿Por qué quería Herodes matar al Salvador del mundo? ¿Por qué hacerlo cuando los reyes de otras naciones venían a adorarlo? ¿Por qué nuestro rey querría matarlo?

Esto no tenía sentido para mí, pero Dios había hablado y sabía que debía obedecer. Así que recogimos lo que pudimos y salimos de Belén bajo la oscuridad. Así fue como llevé a Jesús y a Su madre

hacia Egipto, el mismo lugar del que Dios libró a nuestro pueblo en otro tiempo.

Es extraño que el lugar donde Jesús encontraría seguridad sea el mismo lugar donde nuestros antepasados fueron esclavos por un tiempo.

Tiempo después supimos que Herodes había muerto, así que era seguro volver a casa. De manera que regresamos y nos instalamos en Nazaret, donde continué mi trabajo como carpintero.

Hay mucho más en mi historia, aunque debo detenerme aquí por ahora. Una cosa más antes de hacerlo: si es difícil para ti creer en el nacimiento virginal, ¡imagínate lo que fue para mí! A nadie le costó tanto creerlo como a mí. Pero puedo asegurarte que Jesús nació de una virgen.

Y esto es muy importante por la siguiente razón: al nacer de una virgen, Jesús es distinto a cualquier otra persona que haya vivido jamás y es capaz de hacer por ti lo que nadie más puede hacer.

La historia de Simeón

No estuve en Belén, no vi a los ángeles y tampoco visité el pesebre, pero sí sostuve a Jesús en mis brazos ocho días después de Su nacimiento. Yo era un hombre común que vivía en Jerusalén, excepto por una cosa: Dios me había revelado, algunos años atrás, que vería al Mesías prometido antes de mi muerte.

No me pidas que te lo explique; solo puedo decirte que, después de recibir aquella revelación, tuve la certeza de que no moriría sin ver al Libertador que el mundo entero aguardaba.

Por cierto, es una experiencia interesante saber que vivirás para ver un acontecimiento futuro. Desde luego, tuve momentos en los que estuve muy enfermo, incluso algunos dudaron de mi recuperación, pero yo nunca dudé. Dios me había prometido ver a Cristo... ¡y sería inmortal hasta que Él viniera!

Algunas veces me preguntaba cómo lo reconocería, aunque muy dentro de mí tenía la certeza de que lo sabría.

EL DÍA EN QUE TODO SUCEDIÓ

Bueno, ahora déjame contarte del día en que todo sucedió. Parecía como si toda mi vida hubiese sido una preparación para este día; lo extraño fue que comenzó como cualquier otro.

Yo estaba en mis actividades cotidianas cuando, de repente, sentí un fuerte impulso de ir al templo. Dios no solía hablarme de esta manera, pero esta vez fue una voz en mi cabeza diciéndome:

—Simeón, ve al templo. Ve al templo ahora mismo.

Mi primer pensamiento fue: «iré de camino a casa después de mi trabajo», pero sabía que eso era desobediencia. Dejé lo que estaba haciendo para ir de inmediato al templo ¡y estoy muy feliz de haberlo hecho!

El templo era un hervidero constante de actividad: comerciantes vendiendo animales, sacerdotes ofreciendo sacrificios, gente confesando sus pecados y padres presentando sus primogénitos al Señor.

Llegué justo en el momento en que una joven pareja con su bebé en brazos estaba frente al sacerdote, que no tenía idea de quién era el niño. Mientras los observaba supe que el niño era el Mesías. No me preguntes cómo lo descubrí; no lo sé. Solo puedo decir que el Espíritu Santo de Dios me lo reveló. Nunca estuve tan seguro de algo en toda mi vida: este niño era el prometido a quien el mundo entero esperaba.

Nadie lo descubrió por sí mismo: los ángeles se lo dijeron a los pastores, la estrella guio a los sabios de Oriente y el Espíritu Santo me lo reveló a mí. La evidencia de que Jesús es el Cristo está ahí para todos aquellos que lo buscan; sin embargo, solo Dios puede abrir los ojos a la verdad.

PALABRAS QUE ME FUERON DADAS

Me acerqué a la familia y permanecí junto a un grupo de personas que observaban lo que ocurría. Entonces lo supe: Dios me estaba

dando unas palabras que debían ser pronunciadas en ese preciso momento.

Le di una palmadita a José en el brazo y le dije que tenía un mensaje de parte de Dios; enseguida le pedí permiso para sostener al bebé. José pareció sorprendido, aunque aceptó, a pesar de que yo no era sacerdote, sino un completo desconocido.

Mientras sostenía al niño en mis brazos, las palabras comenzaron a brotar. Yo las pronunciaba, movido por el Espíritu Santo, pero provenían de Dios. Entonces declaré:

—Soberano Señor, mis ojos han visto tu salvación, la que has preparado en presencia de todos los pueblos, luz de revelación para los gentiles y gloria para Tu pueblo Israel.

Cuando estaba a punto de devolverle el niño a María, algo como un viento que penetró hasta lo más profundo se apoderó de mí. Nuevas palabras vinieron y tuve que pronunciarlas:

—Este niño ha sido destinado para la caída y el levantamiento de muchos en Israel —estas palabras me resultaron extrañas. Podía entender «levantamiento», pero ¿por qué «caída»? Las palabras seguían fluyendo—: Y para ser señal de contradicción, a fin de que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.

Difícilmente podía creer lo que salía de mi boca. ¿Cómo podía este niño prometido ser de contradicción?

Miré a María. Sus ojos irradiaban la belleza que había en la profundidad de su alma, y, mientras la observaba, le dije:

—Y una espada traspasará también tu propia alma.

Todos nos quedamos paralizados. ¿Qué podría significar esto?

PALABRAS QUE FUERON DADAS A ANA

Justo en ese momento, llegó una mujer anciana. Su nombre era Ana y todos la conocían por ser una mujer dedicada a la oración, la adoración y el ayuno. La gente que acostumbraba a ir al templo sabía que siempre podía encontrarla allí.

Apenas había terminado de darle estas palabras a María cuando Ana se acercó y comenzó a alabar a Dios. Fue algo muy extraño, mientras yo asimilaba que Jesús sería una señal de contradicción y que el alma de María sería traspasada, Dios le daba a Ana palabras de alabanza y agradecimiento que brotaban espontáneamente de su corazón.

Si el niño iba a traer tanta oposición y el alma de María sería traspasada, ¿por qué Dios le daba a Ana estas palabras de agradecimiento?

Pienso que Ana comprendió, en ese momento, lo que yo comprendo ahora: Jesús nos libertaría al precio de un dolor indescriptible.

«Pero Él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo que nos trajo la paz cayó sobre Él».

TÚ NO TENDRÁS QUE ESPERAR

Esto me recuerda la última cosa que quisiera decirte: supe que podía morir en paz cuando tuve al niño entre mis brazos.

Las personas tenían toda clase de esperanzas y sueños acerca de lo que el Cristo de Dios haría, pero yo no tenía ninguna duda de cuál sería su obra más grande: Jesús hizo que la muerte fuera segura para todo Su pueblo; no digo que la haya hecho menos dolorosa, ni

tampoco deseable. La muerte sigue siendo nuestro gran enemigo, pero Jesús nos dio esperanza en medio de ella.

Yo sabía que mi muerte sería como una liberación de este viejo cuerpo y, por supuesto, eso fue lo que ocurrió poco tiempo después.

Cuando morí, fui llevado a un lugar de espera; era como estar medio dormido y medio despierto. No sé cuánto tiempo permanecí allí; el tiempo no transcurre igual que al otro lado, aunque sí recuerdo bien cuándo terminó. ¡Quién podría olvidar ese día!

De repente, todo se estremeció y entonces vimos a Jesús. Él nos dijo:

—Suban aquí.

Inmediatamente nos encontramos con Él y después entramos en la presencia de Dios sin miedo y con una alegría sobrecogedora.

La buena noticia para ti es que no tendrás que esperar. Cuando mueras, tu alma será trasladada inmediatamente a la presencia del Señor. Estar lejos del cuerpo es estar en casa con el Señor y esto es mucho mejor.

He estado aquí por dos mil años, aunque en este lugar nadie lleva la cuenta. Y, por cierto, ya sé cómo se cumplió mi profecía.

A los treinta años, Jesús inició Su ministerio y la gloria de Dios se reveló: los ciegos recibían la vista, los cojos caminaban, los muertos eran resucitados y las buenas nuevas eran anunciadas a los pobres. La gente comenzó a hablar en Su contra, tramó Su muerte y, al final, lo clavó en una cruz, tal como el Espíritu me lo había mostrado.

Con la muerte de Jesús, las puertas de la vida eterna se abrieron. Por eso no era de extrañar que Ana alabara a Dios.

La venida de Cristo ha sido para la caída y el levantamiento de muchos, y llegará el momento en que toda persona que haya vivido alguna vez caiga o se levante ante Él.

Él es como una gran roca; si tropiezas con Él por la incredulidad, serás derribado, pero, si te afirmas en Él, serás levantado.

La historia de Herodes

Probablemente soy el líder menos apreciado de la historia. Siempre lo he sentido y me temo que siempre será así. La mayoría de las personas ni siquiera conoce los grandes logros de mi vida. ¡Me parece increíble que hoy se valore tan poco todo lo que hice!

¿CÓMO LLEGUÉ AL PODER?

Permíteme contarte un poco más sobre mí. «Herodes» era uno de los nombres más comunes en mi tiempo. Fui conocido como *Herodes el Grande* y, a decir verdad, creo que fue un título merecido.

Durante años la tierra de los judíos estuvo sumida en el caos: guerras, asesinatos y disputas. Todo era un desastre. El Imperio Romano surgió con el fin de traer estabilidad y fue entonces cuando vi mi ventana de oportunidad.

Fui el rey de los judíos por orden del emperador Augusto, quien puso a mi cargo toda la región de Judea y sus alrededores. Goberné durante treinta y tres años en los que gozamos de paz y estabilidad.

Desde luego, me tomó un tiempo establecer el orden y lo primero que hice fue atender las peleas entre los líderes religiosos. ¡Es increíble cómo, a menudo, los problemas inician con los extremistas religiosos!

Esto fue lo que hice: existía un grupo dirigente llamado *el Sanedrín*, compuesto por setenta y dos sacerdotes. Eliminé a cuarenta y cinco de ellos, y con esto logré que los demás se mantuvieran enfocados.

MI LEGADO Y MIS LOGROS

Bajo mi liderazgo, la ciudad de Jerusalén tuvo una gran transformación. Me encantaba la arquitectura y me gustaba construir a gran escala. Quizá lo sepas, el templo era el edificio más importante de Jerusalén. Este era el templo original, magnífico en su tiempo, pero en mi época lucía bastante deteriorado. Así que decidí ser la persona encargada de hacerlo magnífico otra vez.

Ahora el templo sería conocido como *el templo de Herodes*. Se ganaría el corazón del pueblo y se destacaría como una de las maravillas perdurables del mundo.

Durante mi reinado, construí más edificios y creé más puestos de trabajo que cualquier otro rey. Se me conocía como *Herodes el Grande* porque traje más paz y estabilidad a la región que cualquier otro de mis predecesores.

Cualquiera pensaría que después de todos estos logros yo sería el rey más admirado de la historia, ¡ja, no fue así! Nunca he recibido el reconocimiento que merezco.

Mucho de eso tuvo que ver con mi raza. Verás, yo era edomita: árabe por raza, judío por religión y romano por simpatía. Todos me temían, pero ninguno me amaba.

LA HISTORIA DEL NACIMIENTO DE JESÚS

Jerusalén era una ciudad grande y yo tenía buenos métodos para mantenerme al tanto de todo. La información es poder, así que me aseguraba de tener bastante información.

Lo primero que supe del nacimiento de Jesús fue que unos reyes extranjeros llegaron divulgando una historia sobre cómo una estrella los había conducido a Jerusalén; buscaban a un niño que era el Rey de los Judíos.

Bueno, ese era mi título y no me gustaba la idea de tener un rey rival. No era la primera vez. Nuestra historia había estado plagada de autoproclamados «Mesías» que se levantaban, ganando seguidores y causando problemas interminables. Nadie en Jerusalén quería volver a eso.

Vi que se avecinaban problemas y estaba resuelto a enfrentarlos con decisión. Mi primera medida fue convocar a los sumos sacerdotes y a los maestros de la ley.

—¿Dónde nacerá el Mesías? —les pregunté.

—En Belén de Judea —respondieron, y entonces me señalaron el capítulo y el versículo.

Al parecer, un profeta llamado Miqueas había hablado de esto ochocientos años antes:

«Pero tú, Belén Efrata, aunque eres pequeña entre las familias de Judá, de ti saldrá el que ha de ser gobernante en Israel».

¡Ya teníamos una ubicación!

La siguiente tarea consistía en averiguar cuándo sería el tiempo. Para ello invité a los extranjeros a venir al palacio y les dije que había escuchado acerca del nacimiento de un niño rey.

—Si ha nacido el Mesías —les dije—, yo también quiero adorarlo. Además, si ha venido el Mesías, tendrá enemigos. Yo puedo protegerlo. Pero necesito encontrarlo antes que Sus enemigos.

Pedí a los sabios que continuaran buscando al niño y me informaran tan pronto como lo encontraran. Entonces, cuando estaban a punto de irse, les dije:

—Por cierto, ¿cuándo apareció por primera vez esa estrella de la que hablan?

—Hace casi dos años que la vimos por primera vez —respondieron.

Y enseguida se marcharon, dejándome con la información que realmente quería. ¡Dos años! Ahora tenía un lugar y una fecha. Buscábamos a un niño varón menor de dos años en la ciudad de Belén.

Esperé recibir más información de estos reyes, pero nunca más regresaron. Me habían traicionado y eso me enfureció más. Así que pedí una estimación del número de niños menores de dos años en Belén. La ciudad era pequeña y me dijeron que probablemente habría una docena, quizá veinte o treinta como mucho.

Llamé a mis oficiales y les informé que había una amenaza potencial para la seguridad nacional: un niño menor de dos años en Belén. Me miraron con incredulidad, pero los envié a ocuparse del problema, lo cual hicieron con su eficiencia habitual.

Y poco después de eso... morí. Eso sucedió hace más de dos mil años, así que he tenido mucho tiempo para pensar.

Mi información aquí a continuación es bastante imprecisa, pero me han dicho que el niño sobrevivió y fue llevado por Sus padres a Egipto. He oído también que treinta años después comenzó Su ministerio público y que mi gente colaboró con los fariseos para hacer lo que yo había intentado antes. Me dijeron que finalmente fue crucificado. Se rumorea que resucitó de entre los muertos, aunque aquí abajo nadie lo cree.

LA VERDADERA GRANDEZA

Alguien me dijo que, antes de que naciera el niño, un ángel se le apareció a Su madre y le dijo: «Él será grande». Eso me molesta, porque se suponía que ese sería mi destino. Ya sabes, *¡Herodes el Grande!*

Lo frustrante es que nadie piense que todo lo que logré es grande. Morí antes de terminar mi trabajo en el templo y, poco después de que se completara, los romanos arrasaron con él. No dejaron piedra sobre piedra. ¡Ahí quedó mi legado al mundo!

Lo único por lo que soy recordado es por mi antagonismo hacia Jesús. Hoy vivo con la culpa de mis pecados en un mundo de ira, frustración y remordimiento. Cada día estas cosas me consumen y no encuentro alivio.

Por cierto, me han dicho que todos los niños que asesiné en Belén están a salvo con Jesús en el cielo y que cada uno de ellos está alcanzando todo su potencial.

También he oído que el cielo está lleno de una gran multitud de personas y que muchas más están en camino... pero yo no estaré entre ellas. Soy como una persona que está de pie bajo la lluvia, afuera de una gran casa mirando a través de la ventana, mientras los invitados disfrutan de una fiesta en el interior.

Hubo un tiempo en el que pude haber recibido a Jesús y haberlo adorado junto con los sabios de Oriente, pero tomé una decisión diferente. Ahora veo que, al estar tratando de librar al mundo de Jesús, estaba luchando en contra de Dios. Todavía lo hago y no puedo dejar de hacerlo ahora.

Esa es mi historia. Para mí ya es demasiado tarde, pero no lo es para ti.

«Existía la Luz verdadera que, al venir al mundo, alumbra a todo hombre. Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de Él, y el mundo no lo conoció. A lo Suyo vino, y los Suyos no lo recibieron.

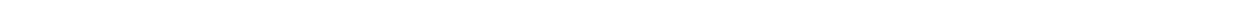
Pero a todos los que lo recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en Su nombre, que no nacieron de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad»

Juan 1:9–14

¿Cómo obró Dios en tu vida a través de este libro?

Escríbenos: contacto@abrelabiblia.org



Sobre el autor

COLIN S. SMITH es el pastor emérito en The Orchard Evangelical Free Church, en los suburbios de Chicago, y es un miembro del concilio de The Gospel Coalition. Es autor de varios libros, entre ellos [*El cielo, cómo llegué aquí: La historia del ladrón en la cruz*](#) (que también es una película), el libro [*El Padre Nuestro en 30 días*](#) y el podcast [*Una caminata por la historia bíblica*](#).



Escucha el [podcast de Abre la Biblia](#) con el Pastor Colin Smith en la voz de Fausto González de Chávez.

Síguenos en [Facebook](#), [Instagram](#), [X](#), [WhatsApp](#) & [YouTube](#).

[**www.abrelabiblia.org**](http://www.abrelabiblia.org)

Recurso complementario



La historia de María: Guion para una Navidad en Vivo

Este recurso es una forma única y envolvente de experimentar la historia del evangelio. Este relato acerca del nacimiento de Jesús entreteje armoniosamente en la narración versículos claves de la Biblia, con el fin de ofrecer una explicación sencilla, clara y fiel del mensaje del evangelio.

Descarga el libreto en abrelabiblia.org/libros.
